

si ya no fuese ironía
otro nombre le promete),
pues como al que es bachiller
le llamamos licenciado;
moreno al negro; y honrado
al que no lo quiere ser,
al alcahuete se llama
tercero: desde este día
dejaré mercadería
que tanto al *tercero* infama;
no quiero servir al Conde.

FLORELA. ¿Por qué, si te quiere bien?

FINEA. No porque el nombre me den
que al oficio corresponde;
mas porque después que estoy
en Nápoles he tenido
una desdicha.

FLORELA. ¿Qué ha sido?

FINEA. No sé más de que lo soy.

FLORELA. ¿Tú puedes ser desdichado
siendo criado leal?

FINEA. ¿Parécete poco mal
estar...

FLORELA. ¿Cómo?

FINEA. Enamorado.

FLORELA. ¡Oh, qué donaire!

FINEA. No fué
este donaire tan aire
que no me cueste el donaire
la vida.

FLORELA. ¿Quién es?

FINEA. No sé.

FLORELA. Por la mía que lo digas.

FINEA. Si me guardas el secreto...

FLORELA. De guardártelo prometo.

FINEA. Mira que á mucho te obligas;
que es una dama del Conde.

FLORELA. ¿Pues el Conde tiene dama.
fuera de mí? ¿El Conde infama
su lealtad? Habla, responde:

¿quién es aquesta mujer?

FINEA. Una mujer enojada,
que de verla tan airada
no lo acierto á responder.

FLORELA. ¿Soy yo?

FINEA. ¿Pues ya no sabías
que tu hermosura y valor,
pueden abrasar de amor,
Florela, las piedras frías?
Dirás que es atrevimiento;
claro está, mas pues me voy,
y sin decirte quién soy,
no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginación
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fué sin mucha ocasión:
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el Conde,
pues mi ausencia te responde
que antes le trato lealtad.
Si yo me voy por ser fiel
¿en qué me puede culpar?
No fué en mi mano mirar,
serálo apartarme de él.

FLORELA. ¿Cómo había de enojarme,
Celio? He querido reirme,

porque puedo persuadirme
que ha sido posible amarme.
No es milagro, y en tu edad,
que yo te parezca bien:
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.

Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal,
es sin duda y me enojaras.

Mas quien quiere y no porfia
dice su amor y no enfada;
y no sé que ofenda en nada
mientras no tiene osadía.

Celio, á ninguna mujer
le pesó de ser querida,
como no fuese ofendida
más que en callar y querer.

Quiere tú, no me lo digas,
que tampoco lo diré
al Conde; pero con fe
de que á ser mudo te obligas.

No viendo corresponder
es fuerza que has de olvidar,
que amor no puede durar
sin ayudarlo á querer.

FINEA. ¿Quieres tú que yo te diga
quién soy, y disculparás
mi amor?

FLORELA. Quiero.

FINEA. Hoy sabrás
lo que á quererte me obliga;
que mejor que el Conde soy.

FLORELA. ¿Mejor?

FINEA. Escucha.

FLORELA. No mientas.

FINEA. Jura el secreto, si intentas
saberlo.

FLORELA. A fe de quien soy.

FINEA. Si juras el ser mujer,
fué juramento discreto;

que de no guardar secreto
juró naciendo su ser.

Mas si juras á quien eres
yo me doy por confiado.

FLORELA. Mucho, Celio, has afrentado
el valor de las mujeres.

FINEA. Hijo soy, Florela hermosa,
del rey de Aragón, Fernando;
mira tú si puedo yo
tener pensamientos altos.

Mucho dije; ya lo he dicho,
y esto en fe de que has jurado,
y también de que me voy,
si al Conde piensas contarlo;

aunque no se lo dirás,
que no has llegado á los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.

Yo en aquesta confianza
te he dicho lo que he llamado
al Conde, y aun á mí mismo,
si á solas conmigo hablo.

Dirás: «pues hombre, si fuiste
quien dices, ¿cómo has llegado
á servir desta manera?»

Esto te dijera Fabio,

el criado que me sirve:
que es el marqués don Fernando
de Cabrera y de Aragón,
que hasta el nombre se ha mudado;
porque yo, que aquí soy Celio,
don Alonso allá me llamo.

Oye la historia y sabrás
por dónde me atrevo á tanto.
El Rey quiso cierta dama,
de quien por sucesos varios
no fué, Florela, marido.

Nací yo de estos engaños;
casóse el Rey, y me dió
en breve tiempo un hermano
entendido y gentilhombre,

que lo era el padre de entrambos.
No nos criábamos juntos,
que aún no estaba declarado
mi nombre, por el temor
de los celos, siempre largos;

porque lo que fué una vez
amor por dicha obligado,
piensan las propias mujeres
que ha de durar dos mil años.

Envió el Rey, y con esto
me trajeron á palacio
de una aldea en que vivía
con un retirado hidalgo.

Cobróme el Príncipe amor,
y de la sangre ayudado,
ya de algunas gracias mías,
puesto que soy desgraciado,

en los ojos de la Corte
hallé gusto, y ya inventando
galas y fiestas que fueron
ocasión de tantos daños,

puse los ojos jay, Dios!
en una dama, que estando
en un jardín cierto día
se dejó tocar las manos.

Hizo el Príncipe lo mismo:
veis aquí todo trocado
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.

Tenía yo, aunque eran menos,
Florela, aquellos privados
que no llegaron á ser
de la llave de mi hermano.

Estos, ya por sus consejos,
ya por sus lisonjas, dando
principio á nuestra discordia,
todo cuanto ves causaron.

Pero la firme señora,
que le envidaba de falso
al Príncipe, y me quería,
dispuso de suerte el caso

que, en ausencia de su padre,
entré una noche en su cuarto...

¡Nunca entrara! Al fin, Florela,
entré atrevido y gallardo.

Pasáronse algunos meses
el huésped de estos cuidados,
descubriendo su secreto,
con irnos la vida á entrambos,

mueren los que no han salido
á la luz por ver sus rayos,
que no saben que acá fuera

está la muerte esperando.

Como llegó la ocasión
del mal encubierto parto,
asistí á verla en secreto,
y el niño infeliz tomando
en la capa mal envuelto,
con ella entre algunos paños,
salí donde pensé yo
que asistían mis criados.

Llegó el Príncipe á saber
quién era, y yo porfiando
á no querer descubrirme,
dos ó tres me acuchillaron.

¡Caso extraño! que otros riñen
dando rodela al contrario,
y yo para defenderme
daba todo el pecho á tantos.

Quiso Dios que no le hirieron
ni á mí; pero no es milagro,
que mal pudieran herirme
con un ángel en los brazos.

El Príncipe lo quedó
y Aragón alborotado,
de suerte que en una aldea
de las faldas de Moncayo
dejo al niño, y por la posta
en toda Francia no paro.

Corro á Flandes, luego á Hungría
á la sazón que, llegando
el Conde con la embajada,
pude aficionarme tanto,

que así por más ocultarme,
como por verme obligado
de su amor y inclinación,
en el camino le aguardo.

Dióme oficio de mi edad;
que esto no lo tuve á agravio.
Fíome aqueste secreto,
que la vida me ha costado,

que viendo tu rostro he visto
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise
hasta romper su retrato.

No sé como me atreví
á decirte suspirando
lo que no pensé, Florela.

Ya lo dije y ya me parto,
que el decirlo fué partirme;
mas juramento te hago
á la cruz de aquesta espada

como aragonés honrado
y á la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago,
que si me guardas secreto
y me veo en el estado
que pienso, y el Conde falta
á vuestro concierto y trato,
de casarme y de enviar
por tí al marqués don Bernardo
desde Aragón, porque estoy
por tu belleza espirando.

Ten lástima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos,
que en tenerla de mi vida
no haces al Conde agravio.

(Hace que se va.)

FLORELA. Tente, tente.

FINEA. ¿Qué me quieres?
(Sale el Conde.)
FLORELA. Entra el Conde no lo digo.

ESCENA V

DICHOS y el conde FEDERICO.

CONDE. (Ap.) Que pierda un hombre un amigo por enredos de mujeres, ó por su propia afición su desdicha le disculpe; pero que á un hombre le culpe la agena imaginación, es la mayor novedad que se ha visto ni se ha oído.
¿Florella?

FLORELA. Seas bien venido:
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?

CONDE. Cartas, señora, de Hungría.

FLORELA. Contrarias deben de ser, pues te veo suspender, y más en presencia mía.

CONDE. Si son cartas contra mí, ¿no me ha de causar pesar?

FLORELA. ¿Contra tí?

CONDE. ¿Puedes pensar tal cosa?

FLORELA. ¿Qué?

CONDE. Escucha.

FLORELA. Di.

CONDE. Escribe el húngaro Rey diciendo que le he robado, contra la ley de hombre honrado y humana y divina ley, al huésped donde posaba, una hermana que tenía.

FLORELA. ¿Y ser verdad no podía?

CONDE. ¡Eso sólo me faltaba!

Ni podía ser verdad, ni la vi, ni sé quien es.

Público partí; después sucedió esta novedad.

FLORELA. No se queja sin razón.

CONDE. Hareisme desesperar.

FLORELA. ¿Pues cómo os pueden culpar sin causa de esta traición?

CONDE. ¿Celio, aquí estáis?

FINEA. Sí, señor.

CONDE. Ponte luego de camino.

FINEA. ¿De camino?

CONDE. Determino defender mi noble honor.

Esta carta has de llevar á Alberto, y aquesta al Rey.

FINEA. ¿Yo, señor?

CONDE. ¿No es justa ley servir, defender y honrar á sus dueños los criados cuando hay tan grande ocasión?

FINEA. Yo conozco que es razón, pero hay otros más honrados y de más entendimiento.

CONDE. Pues hago elección de ti, yo se que sabrás por mí defender mi noble intento.

FINEA. ¿No conociste en Hungría á Alberto?

CONDE. ¿Yo?

FINEA. ¿Yo? sí, señor.

CONDE. ¿Pues quién le hablará mejor, Celio, en la inocencia mía?

¿No sabes tú que he venido solo?

FINEA. ¿Y cómo si lo sé!

CONDE. (A Florela.) Si á Finea vi ni hablé, mi amor te merezca olvido.

FLORELA. Ya, Conde, sé lo que son los cuidados en ausencia.

CONDE. ¡Vive Dios, que mi inocencia dé voces á tu razón!

Juzga si quieres, de mí, como es justo.

FLORELA. Ya he juzgado que te ausentaste y he hallado que duró el amor en ti hasta que viste esa dama.

¿Dónde la tienes? Bien creo que puedes de mi deseo fiar lo que el tuyo ama.

¿Por qué no la traes aquí?

CONDE. ¡Oh, pesar de mi desdicha!

FINEA. (Ap.) Por aquí ha de entrar mi dicha.

CONDE. ¿Que tú me trates así!

¿Pues satisfácese el Rey y el mundo de mi inocencia, y tú en mi propia presencia contra toda justa ley de amor y de obligación, por culpado ya me nombras por imaginadas sombras?

FLORELA. Muy justas sospechas son, que el Rey no te ha de querer ni tener celos de ti, y yo, Federico, sí, que pienso ser tu mujer.

CONDE. Perdona mi atrevimiento, que no te puedo escuchar. (Vase.)

ESCENA VI

FLORELA y FINEA.

FINEA. Mal has hecho en apretar tanto al Conde el pensamiento; que de ser esto verdad, verdad es, y la ha traído consigo. Adiós. (Hace que se va.)

FLORELA. ¿Qué atrevido te hace ya la voluntad! Tente, vuelve, escucha, para.

FINEA. ¿No ves que me he de partir? (Ap.) (Harto bueno fuera ir donde Alberto me matara.

¡Caso extraño; que éste intente que vaya á mi propio hermano! Mas no me enviaba en vano cuando disculpase intente, pues soy la misma ocasión.)

FLORELA. Triste estás. (A Florela) Estoy pensando

FINEA. venganzas. No son, amando, nobleza ni estimación.

FLORELA. ¿Pues no dices que es verdad?

FINEA. Y si me guardas secreto

te la enseñaré.

FLORELA. ¿Qué efeto de celosa voluntad! ¡Ay, Celio! si tú me enseñas esta mujer, ten por cierto que te adore.

FINEA. Yo soy muerto si se entiende ni aun por señas.

FLORELA. Quítame el cielo la vida cuando te venga algún daño.

FINEA. Hoy verás el desengaño.

FLORELA. Tú, la palabra cumplida, mi hacienda es tuya.

FINEA. No quiero más premio que hacerte gusto, aunque dé al Conde disgusto, por la fe de caballero.

FLORELA. Fía en la palabra mía.

FINEA. Gran necio debo de ser, pues fio de una mujer dos secretos en un día. (Vanse.)

ESCENA VII

Salen ALBERTO y LUSIDORO de noche; ALBERTO con una pistola.

ALBERTO.

De otra suerte quisiera disfrazarme, ya que á Nápoles vine, Lusidoro, á cobrar el honor que me han quitado.

LUSIDORO.

¿Cómo quieres venir más disfrazado que no siendo de nadie conocido?

ALBERTO.

Si del Conde lo soy, que me ha ofendido, ¿qué importa que ninguno me conozca?

LUSIDORO.

Guardate de él hasta que llegue el día que te puedas vengar de sus agravios.

ALBERTO.

¿Qué pocos son en la venganza sabios! ¿Dónde tendrá á mi hermana, Federico?

LUSIDORO.

¿Pues hale de faltar lugar secreto en esta insigne máquina? ¿No adviertes tantos palacios, tantas torres fuertes, tantas hermosas quintas y jardines, y que de la tibera los confines parecen otras calles y ciudades?

ALBERTO.

En fin ¿á qué es mejor me persuades dispararle de noche una pistola?

LUSIDORO.

No me parece que es venganza honrada, porque donde hay traición basta la espada, y si te dije que era bien matalle en su casa, en palacio ó en la calle, fué consejo no más de consultalle con el honor entonces; mas agora, mirando que otros medios son más cuerdos

y remedian mejor tu honor perdido, que no le mates á traición te pido.

ALBERTO.

¿Pues qué llamas traición? ¿Córreme acaso obligación de hacello en desafío, habiéndome quitado el honor mío?

LUSIDORO.

Si pudieras casarle con Finea, ¿no era remedio, Alberto, más honrado?

ALBERTO.

¿Quién duda que si el Conde se casara, cuanto honor me ha quitado me volviera, y que el remedio más piadoso fuera? Pero llegando á ser rebelde en todo sola su muerte puede ser el modo para que salga yo de tanta afrenta.

LUSIDORO.

Si al Rey hablastes, tengo yo por cierto que puesto el Conde en ásperas prisiones, vendría á confirmarse en lo que es justo.

ALBERTO.

Mas, Lusidoro, de vengarme gusto, que no de pleitear públicamente.

LUSIDORO.

De la casa que acude sale gente.

ALBERTO.

Aquí dicen que vive cierta dama, á quien el Conde sirve, adora y ama, y con quien antes que partiese á Hungría casarse, que es muy noble, pretendía. Pues mira tú si el Conde se casase que buen remedio daba al honor mío. Yo no quiero prisión ni desafío, sino pasarle el pecho con dos balas.

LUSIDORO.

La voz he conocido; él es sin duda.

ALBERTO.

El trae un paje y un lacayo solos.

LUSIDORO.

Hombres de espada son.

ALBERTO.

No importa nada que no defiende pólvora la espada.

ESCENA VIII

DICHOS, y salen el conde FEDERICO, FINEA y CLARÍN de noche.

CONDE. Perdido voy de tristeza.

CLARÍN. Muy atrevido has andado.

CONDE. Causa Florela me ha dado, aunque adoro su belleza.

CLARÍN. ¿Qué causa te puede dar, si son efectos de amor los celos? ¿No ves, señor, que como no puede estar el sol sin sombra, no puede el amor estar sin celos?

FINEA. (Ap.) Ya, por piedad de los cielos, prósperamente sucede mi imposible pretensión; que la discordia que ha entrado por celos principio ha dado.

CONDE. ¿Qué hora es?

CLARÍN. Las doce son.

Desvíate de esa puerta, que se vengará de ti si sabe que estás aquí.

CONDE. Más quisiera verla abierta.

CLARÍN. Pues volvamos á llamar. Di que no puedes vivir. ¡Ah, señor! ¡cómo el fingir negocia más que el amar! ¿Tienes seso? Habéis reñido sobre tan cruel novela como decirte Florela que una mujer has traído. ¿Juraste de no la ver, porque no quiere creerte, y ella á ti de no quererte, y luego quieres volver? Estáte dos horas quedo, no muestres que te apasionas: las mujeres y las monas no han de conocer el miedo, que en conociéndole muerden.

CONDE. ¿Qué fácilmente aconseja quien no quiere á quien se queja!

CLARÍN. ¡Oh, cuántos su gusto pierden por no saber esperar! Vámonos de aquí, señor.

CONDE. Clarín, no me deja amor, que hartó me quiero esforzar.

CLARÍN. Pues tráigante aquí la cama.

CONDE. ¿Que tal mentira se creal ¡Maldiga Dios á Finea, por quien Florela me infama! ¡Que me culpasen á mí de lo que no vi ni sé!

FINEA. (Ap.) La discordia que sembré viene á llover sobre mí.

CONDE. ¡Plegue á Dios, Finea, ó quien eres que nunca tengas ventura.

FINEA. Señor, ya es eso locura. ¿Pues tú ofendes las mujeres? ¿Qué culpa tiene Finea de lo que piensan de ti?

CONDE. ¿No es ella la causa?

FINEA. Sí.

CONDE. ¿más qué importa que lo sea? Celio, si me quieres bien, ayúdame á maldecir esta mujer y decir que es un demonio también.

FINEA. No haré tal, por vida mía que soy noble, y defender me toca toda mujer.

LUSIDOR. (A Alb.) ¿Aguardas que llegue el día?

CONDE. Gente viene.

ALBERTO. Ya disparo. (Dispara Alberto y no da fuego.)

CONDE. ¡No dió fuego, vive Dios!

OH, perros!

LUSIDOR. Pues somos dos, sea el acero reparo

de lo que el plomo faltó. (Acuchillanse, y Finea va tras Alberto y Lusidoro.)

FINEA. ¡A ellos, señor, á ellos!

CLARÍN. ¡Cómo se tiene con ellos, pesar de quien me parió!

CONDE. ¡Oh! buen Celio, no los sigas. (Vuélvese Finea.)

FINEA. Porque huyen te obedezco.

CONDE. Que premio y brazos ofrezco.

FINEA. Con lo postrero me obligas.

CONDE. Vive Dios, que eres honrado.

CLARÍN. ¡Pesía tal, qué cuchilladas tiraba!

FINEA. Bien empleadas por tu vida y á tu lado.

CONDE. ¿Esta gente, quién sería?

CLARÍN. Ladrones deben de ser.

CONDE. No llegan á acometer con fuego y tanta osadía; que el ladrón pide, Clarín, la capa, y no mata al hombre; sólo quiere que se asombre.

CLARÍN. La llama del polvorin me puso bravo temor.

CONDE. La pólvora ardió no más.

FINEA. Mal seguro, Conde, estás.

CLARÍN. Mal seguro, estás, señor.

CONDE. Este demonio ó mujer, esta Finea infernal es causa de tanto mal.

CLARÍN. Por ella debió de ser. Vamos á casa y volvamos con fuego á buscar quien son.

CONDE. No ha de faltar ocasión, Clarín, si de noche andamos. En Nápoles está Alberto, y aqueste debió de ser. Yo me quiero recoger.

FINEA. Eso, señor, es lo cierto. (Ap.) Sin duda mi hermano fué, que el rostro le conoci.

CONDE. Basta, amigos, que hoy nací.

FINEA. (Ap.) Por eso me reporté. ¡Jesús, qué desdicha fuera si hubiera muerto á mi hermano, ó él al Conde!

CONDE. Ya es en vano salir de aquesta quimera con escribir ni con dar satisfacciones de mí. (Vase el Conde.)

ESCENA IX

FINEA y CLARÍN.

CLARÍN. ¿Verás á Fenisa?

FINEA. Sí, si el Conde se va á acostar.

CLARÍN. Díjome que te esperaba con Flora.

FINEA. Si aqueste loco tarda en acostarse un poco, voy como flecha de aljaba.

CLARÍN. Vive Dios, que eres valiente pero quéjase Fenisa que eres tibio.

FINEA. Está de prisa, como el dinerillo siente. Yo, como soy socarrón, querríala enamorar, porque esto de ejecutar es muy baja condición.

CLARÍN. Yo sé que te quiere bien, y que me alaba tu brío.

FINEA. Por el dinerillo mio debe de hacello también. ¿Es limpia?

CLARÍN. Como una plata lo interior y la corteza.

FINEA. Porque no habiendo limpieza todo amor se desbarata. ¿Buen olor?

CLARÍN. Divino olor.

FINEA. No digo lo perfumado.

CLARÍN. Acaba, no seas pesado, que se aleja mi señor. ¿Hay otro?

FINEA. ¡Necia porfía!

CLARÍN. Saber yo si hay otro es justo, porque no es cambio mi gusto que haya «Celio y compañía».

(Vanse y salen el Rey y el Marqués.)

ESCENA X

EL REY DE NÁPOLES y el MARQUÉS LUDOVICO.

REY. Vuelve á escribirme el Rey; está con pena.

MARQUÉS. No es posible que el Conde lo negara, pues no era cosa de razón agena que con mujer tan noble se casara.

REY. Mucho tanta porfía le condena. Yo pienso que el engaño se declara: Pondré en prisión al Conde.

MARQUÉS.

¿Con qué prueba?

REY.

¿Por los indicios, fuera cosa nueva?

MARQUÉS.

No fuera nueva cuando son bastantes; el Conde jura que no vió á Finea, y no se prenden hombres semejantes sin que la causa conocida sea.

REY.

Que esté indicioso en esto, no te espantes, fuera de no ser justo que lo crea, y el Conde, como sabes, me ha obligado.

MARQUÉS.

Satisfacción de su valor te ha dado; fuera deso me obliga su inocencia saber que quiere y sirve á cierta dama con notable cuidado y asistencia, y ella también le corresponde y ama.

REY. Como esas cosas pasan en ausencia...

MARQUÉS.

No siempre dice la verdad la fama. El Conde libre importa á tu servicio, más que en prisión por tan pequeño indicio.

ESCENA XI

DICHOS y sale un CRIADO

CRIADO. Dos húngaros caballeros piden, gran señor, licencia para verte.

REY. Ya, Marqués, mayores pruebas comienzan.

ESCENA XII

EL REY, EL MARQUÉS, ALBERTO y LUSIDORO.

ALBERTO. Dame, gran señor, los pies.

REY. Por vuestra presencia y tierra es justo daros los brazos.

LUSIDOR. Conforme tu real grandeza favorece los vasallos de un Príncipe que desea darte en sus hijos su sangre.

REY. ¿Es embajada, ó es queja?

ALBERTO. Queja, señor.

REY. Ya conozco quien eres. Mucho me pesa que esto se ponga en estado que así te obligue que vengas, Alberto (si eres Alberto), á buscar con tanta pena satisfacción á tu honor; mas porque no es bien que sea tu información sin la parte que se afirma en su inocencia, llamad luego á Federico.

ALBERTO. Yo sé que cuando él me vea no negará la verdad.

MARQ. Por lo menos jura y niega que nunca vió á vuestra hermana.

ALBERTO. Pues yo, con licencia vuestra, sé que me pidió al partirse, y con mucha diligencia, que por mujer se la diese; ¿pues cómo me la pidiera si nunca la hubiera visto?

REY. ¡Extrañas cosas son estas! ¿No viene el Conde?

ESCENA XIII

DICHOS y el CONDE FEDERICO.

CONDE. Ya estoy, gran señor, en tu presencia, agradecido en extremo de que no dieses sentencia contra mí sin escucharme.

REY. Propón, Alberto, tus quejas.

ALBERTO. Habiendo, ilustre Rugero, que en la mayor parte reinas de Italia, fuera de Roma,

(perdonen Mantua y Florencia) aposentado en mi casa, de antigua y clara nobleza, al Conde, que está presente, y regaládole en ella, si no como él merecía, como pude, al salir de ella me faltó mi propia hermana; faltó mi hermana Finea de mi casa, habiendo sido ejemplo á cuantas doncellas tuvo la corte de Hungría, donde á una voz no discrepa persona que no le culpe; y es tan cierta la sospecha, que habiéndose en todo el reino hecho grandes diligencias con penas extraordinarias, no hay quien diga ni quien sea más de que la voz común dice que el Conde la lleva. Con esto el Rey te escribió; yo sin aguardar respuesta vine á ver si de mi honor me daba Nápoles señas. No he merecido ninguna de mis contrarias estrellas, y así tuve por mejor, excusando competencias, venir á pedir justicia al tribunal de tu alteza. El Rey, mi señor, Alberto, y cuantos en su presencia te escuchan, habrán juzgado por tu información incierta tu engaño con mi lealtad, tu opinión con mi inocencia; porque faltarte tu hermana corto indicio manifiesta de que yo me la llevase, porque pudo entonces ella entre tanta confusión salir con quien...

ALBERTO. No te atrevas á decir tal libertad.
CONDE. Si es pleito, ¿de qué te quejas? Pues aun en oposiciones de cátedras hay licencia para decir los defectos, y no es bien que tú la tengas de llamarme á mi traidor, y que yo, Alberto, no pueda decir que lo fué tu hermana á tu valor y nobleza. Culpame de la ocasión que mi alboroto pudiera excusar, á no ser huésped y no de tanta bajeza; que mejor es presumir que algún galán que requiebra muchos años á una dama el que la ha llevado sea, que no el que jamás la vió: que mujer de tales prendas no habla de conquistarse con una palabra tierna. Esta es toda la verdad.

Vuélvete, Alberto, á tu tierra; que los caballeros nobles que tan justo Rey gobierna, no van á ser desleales, sino al negocio que llevan. Y esto le diré en el campo á tí, á tu sangre, á cualquiera que salga, aunque entre tu Rey, si el mío me da licencia. (Vase.)

ESCENA XIV

Dichos, menos el Conde.

ALBERTO. Saldré luego á defender que eres traidor.
MARQ. No pretendas la justicia que no tienes, ni ausente al Conde te atrevas.
LUSIDOR. ¿Puede el Conde con razón...?
MARQ. Pues porque tú le defiendas, dos á dos...
REY. Quedo: ¿qué es esto?
MARQ. Perdona, señor, tu alteza, que no es justo que por cosas injustas, así padezca el honor de tus vasallos.
REY. No quiero que se resuelva este caso por las armas: en mi consejo se vea. Pruebe Alberto lo que dice, que hasta ahora por sospechas no es justo infamar al Conde.
ALBERTO. Perdona si ha sido ofensa querer defender mi honor.
MARQ. También es bien que defienda el Conde el suyo.
LUSIDOR. Es verdad.
ALBERTO. ¡Maldiga el cielo, Finea, tu liviandad, pues padezco tanto disgusto por ella! (Vanse.)

ESCENA XV

Salen FENISA y FINEA.

FENISA. ¿Es posible que has de ser tan avariento de un sí?
FINEA. Si esto no haces por mí, yo no te pienso querer.
FENISA. Dime tú si puedo yo servirte, y mi amor verás.
FINEA. Oye y todo lo sabrás.
FINEA. Habla.
FINEA. El Conde me mandó que buscara una mujer para dar á su Florela celos, que amor con cautela suele mil veces vencer.
FENISA. Ya sé sus estratagemas.
FINEA. Florela celos le ha dado.
FINEA. ¡Qué amor tan desatinado! Mas si le quiere, no temas.
FINEA. Que le quiera ó no le quiera, celos le ha dado, y él quiere darle celos.
FENISA. Pues espere dos cosas de esa manera:

ó picarla á más venganza, ó rendirla á más amor.
FINEA. Tiene el Conde, mi señor, en mi grande confianza. Piensa Florela que habemos traído cierta Finea de Hungría. Ó sea ó no sea, con mil celosos extremos le amartela por vengarse, y él quiere darla á entender que es verdad.

FENISA. Bien puede ser.
FINEA. Antes debe de engañarse; pero yo te he de llevar y tú fingirte Finea, porque como ella te vea se puede certificar. Contarásle que has venido con él, y cuánto le quieres.
FINEA. Suelen así las mujeres, Celio, descartar olvido y quedarse en sólo amor. Digo que todo lo haré.
FINEA. ¿Sabrás?
FINEA. Pienso que sabré.
FINEA. Pero ¿qué abono mayor que ser mujer, porque todas tienen destreza increíble? Con esto será posible dulce fin de nuestras bodas, que yo quiero ser muy tuyo, como en las obras verás; mas no has de querer jamás otro amor.

FENISA. De todos huyo,
FINEA. Celio, después que te vi. Trújome aqueste picaño de Clarín, á quien engañó con Silvia, y muero por ti. Ello no es mucha lealtad, pero ya los cortesanos dicen que no siendo hermanos no se mira en amistad. Y de ver hombres me admiro, que al amigo más honrado, por cualquier gusto prestado hacen en la honra un tiro. Tú no tienes tantas prendas con Clarín que me esté mal serle un poco desleal.
FINEA. ¡Que satisfacer pretendas á un lacayo picarón!

ESCENA XVI

Dichos, y Clarín al paño.

CLARÍN. ¿Qué es aquesto de lacayo?
FINEA. Pásame la vida un rayo si le he tenido afición.
CLARÍN. Celio y Fenisa y aquí de lacayo y juramento! Mujeres, al fin.
FINEA. ¿Qué intento pudiera moverte así?
FINEA. Decir que te casarías conmigo, y ha de tener

miedo una sola mujer de vivir sin compañías. Sujétale el vino al tal y el bravo desatinado nos pone en tanto cuidado y á veces en tanto mal. Quise aceptar el embite, que en lo demás es Clarín un gallina, un hombre, en fin, que lo que sabes permite, y no quieras saber más.
CLARÍN. Fíad de mujeres tales.
FINEA. Mi bien, pues prendas iguales de tu voluntad me das, confírmalas con los brazos.
FINEA. Una y mil veces, mi bien.
CLARÍN. (Saliendo.) Y yo doy el parabién á usasté de los abrazos.
FINEA. Pues ¿qué le parece, diga?
CLARÍN. Que es mal hecho y que es mi amigo.
FINEA. Picaro, tú eres testigo que necesidad me obliga, porque yo soy caballero.
CLARÍN. Vive Dios, que he de cortar á alguna...
FINEA. Deje de hablar, lacayo ingerto en cochero, ó daréle.
CLARÍN. ¡Pesía á mí!
FINEA. Saque el pájazo la espada. (Sacan las espadas.)
FINEA. Pues tome esta cuchillada, gallina.
CLARÍN. Reparo así.
FINEA. ¿No huyes pues si me enoja... Tome.
CLARÍN. ¡Pesía á mi linaje!
FINEA. ¿Hay tal donaire de paje? ¡Vive Dios, que es de la hoja!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen FLORELA y FENISA con mantos, y FINEA.

FLORELA. Celio, bien venido seas.
FINEA. Hoy verás si verdad fué.
FINEA. ¿Estás en todo? (A Fenisa.)
FINEA. Ya sé que me he de llamar Finea. (Florela á Fenisa.)
FLORELA. ¿Sois vos á quien trujo el Conde, hermosa dama?
FINEA. Yo soy.
FLORELA. ¿Qué en tanta desdicha estáis? Mal á quien es corresponde.
FINEA. Yo soy la hermana de Alberto.
FLORELA. Mal mirásteis por su honor.
FINEA. ¿Qué concierto por amor no fué siempre desconcierto?
FLORELA. ¿Tan presto se le tuvisteis?
FINEA. ¿Pues tardásteis mucho vos en tenersele?
FINEA. ¡Por Dios que te cogió!

- FLORELA. Bien hicisteis.
 FENISA. Bien ó mal, posó en mi casa; soy mujer, no somos fuertes en la ocasión.
 FINEA. (Ap. á Florela.) Bien adviertes lo que pasa.
 FLORELA. Y que me abraza. ¿Es posible que engañase el Conde á una dama noble, y que con trato tan doble, casa y voluntad pagase...?
 FINEA. Si se ha de casar con ella, no será muy mala paga.
 FLORELA. Bien será que satisfaga la deuda el Conde.
 FINEA. ¿No es bella?
 FLORELA. Es demonio para mí. Nunca la hubieras traído.
 FINEA. Tú, señora, lo has querido, por eso la truje aquí.
 FLORELA. ¿Es posible que dijese amores á otra mujer?
 FINEA. Si no lo quieres creer, mejor desengaño es ese. Haz cuenta que fué mentira, que cuanto á mí ¿qué me va?
 FENISA. (Ap. á Celio.) Turbada Florela está; con mal semblante me mira. Vámonos, Celio, que estoy temblando no venga el Conde.
 FLORELA. (Ap.) ¡Con qué libertad responde: «yo soy Finea, yo soy de Alberto hermana, y á quien engañó el Conde!»
 FINEA. (A Fenisa.) Habla más.
 FENISA. ¿Qué libre mintiendo estás!
 FINEA. Mi parte me va también.
 FENISA. ¿Parte?
 FINEA. Sí, me ha prometido el Conde por estos celos, para traer con desvelos á la memoria su olvido, mil escudos: ¿cómo quieres que no tenga en esto parte? La mitad tengo de darte, Fenisa, para alfileres.
 FENISA. Para una casa los tomo, aunque yo sólo de ti quiero tu amor.
 FINEA. (Aparte.) Pues en mí buscarás oro, y hay plomo.
 FENISA. Mira que el Conde vendrá.
 FINEA. ¿Cómo ha de venir si yo concerté con él que no? En fin, avisado está.
 FLORELA. (Ap.) Porque me informé de todo me estoy muriendo, y quisiera no escucharla si pudiera. Mostradme, celos, un modo con que no pueda saber esto que saber deseo. Pero si lo escucho y creo ¿qué sirve darme á entender que es mentira la verdad? ¿Finea?
 FINEA. (A Fenisa.) Responde.
 FENISA. (Ap. á Finea.) (El nombre

- es nuevo, no hay que te asombre mi poca puntualidad.)
 ¿Qué le mandáis á Finea? (A Florela.)
 FLORELA. ¿Qué! ¿os dijo muchos amores?
 FENISA. Pienso que fueron menores los de Jason á Medea. Jurábame que en su vida tuvo amor á otra mujer.
 FLORELA. Si jura, bien puede ser, pero piensa que se olvida.
 FENISA. Ya sé que os le tuvo á vos, y que no le tiene ahora, porque dice que me adora estando á solas los dos.
 FLORELA. (Ap.) (Celosa esta necia trata asegurarse de mí.) Llévame, Celio, de aquí esta mujer que me mata.
 FINEA. (A Fenisa.) Ven, Finea, que otro día habrá mejor ocasión.
 FENISA. (A Florela.) Pues sabéis mi obligación, suplicoo, señora mía, que no le admitáis aquí, y que la palabra dada me cumpla, pues es jurada; decid al Conde por mí, que si no mi hermano Alberto le ha de matar.
 FLORELA. Bien, será. (Ap.) (Tras la ofensa me hace ya tercera de su concierto.) Celio, si de aquí no llevas este demonio ó mujer, verás.
 FENISA. ¿Qué puedes hacer que á ti misma no te debas? Véngate del Conde en mí, que mejor que el Conde soy.
 FLORELA. Por vengarme dél estoy; pero no ha de ser así, que mi honor y el tuyo temo, puesto que mejor se emplea.
 FINEA. Vámonos de aquí, Finea.
 FENISA. ¿Hicelo bien?
 FINEA. Por extremo; la misma no te igualara.
 FENISA. ¿Qué me has de dar?
 FINEA. Calla y vamos, que en grande peligro estamos, si ésta en su agravio repara, y aún me espanto, según vi sus ojos echando rayos, que no llame dos lacayos para vengarse de mí.
 (Vanse los dos por una puerta, y sale el Conde solo por otra.)

ESCENA II

El Conde y Florela.

- CONDE. Con estos necios cuidados, Florela, y viles sospechas de antojos de Alberto hechas, y de dos locos criados, más lisonjeros que honrados, no pude venir á verte,

- porque es la cosa más fuerte que á hombre noble sucedió, supuesto que me libró mi inocencia de mi muerte. Dió fuego sin emprender la pólvora y munición; turbóseme el corazón, porque fué razón temer. No sé que tengo de hacer contra aqueste testimonio, todo invención del demonio, sólo porque dije un día no sé qué por cortesía con nombre de matrimonio... ¿Qué es esto? ¿estás enojada? ¿cosa que algo de esto creas? que si matarme deseas, no busques mejor espada. ¿Pues no respondes, airada? Vuelve ese rostro, señora; ¡buena será que tú ahora sus desatinos ayudes y que el semblante me mudes, que el alma por verlo adora! ¡Ah, Florela! Mas ¿qué digo, si me matas tú también? Mira mi bien, que soy quien estoy hablando contigo. ¿De qué sirve dar castigo á un hombre que está inocente...?
 FLORELA. No es inocente quien miente; y con vergüenza tan poca, lo que en el alma no siente quiere que diga la boca.
 ¡Ah, Conde! nunca te hubieran visto mis ojos!
 CONDE. ¿Ahora sales con eso, señora?
 FLORELA. ¡Cuánto más dichosos fueran! que si este gusto perdieran, menos lágrimas lloraran.
 CONDE. ¿En qué tus dudas reparan? Que no pensé que tus ojos jamás con agua de enojos, mas que con sol me mataran. Haz sol, la lluvia suspende; mira que te han engañado.
 FLORELA. En no verte hablar turbado tu misma traición se entiende.
 CONDE. Antes eso me defiende, porque mi inocencia crea quien tanto mal me desea.
 FLORELA. ¿Quieres que claro lo diga?
 CONDE. Dilo, si mi amor te obliga.
 FLORELA. Pues hoy he visto á Finea.
 CONDE. ¿Qué Finea?
 FLORELA. Esa mujer con quien estás ya casado.
 CONDE. ¿Tú visto...?
 FLORELA. Visto y hablado.
 CONDE. Soñando, bien puede ser.
 FLORELA. Digo que acabo de ver viva y presente esa dama, que ya tu mujer se llama; y llorando me pidió que te persuadiese yo á que vuelvas por tu fama.
 ¿Quieres más?
 CONDE. ¿Que tú has hablado esa que llaman Finea?
 FLORELA. La misma que te desea, y con quien estás casado. ¡Qué bien, Conde, me has pagado lo que he pasado por ti! ¿La que yo no hablé ni vi, has visto tú? ¿Qué es aquesto? Algún demonio se ha puesto en figura contra mí.
 FLORELA. A cuatro días de ausencia amores á otra mujer, ser su esposo prometer y traerla á mi presencia. No sé quien me da paciencia para sufrir tus agravios.
 CONDE. El alma tengo en los labios y el corazón en los ojos. ¿Hay tan injustos enojos?
 FLORELA. ¿Hay desengaños tan sabios?
 CONDE. ¿Hay malicia semejante?
 FLORELA. ¿Hay traición tan desigual en un hombre principal?
 CONDE. Yo haré que á este reino espante mi venganza.
 FLORELA. No es bastante ninguna satisfacción; los ojos testigos son que no se pueden tachar.
 CONDE. Tú me quieres obligar, y aprovechas la traición.
 FLORELA. Buena salida; y que tiene ingenio!
 CONDE. Nunca le aplico á traiciones.
 FLORELA. Federico, tarde tu malicia viene. Olvidarte me conviene; desde aquí voy á olvidarte.
 CONDE. Yo á matarme.
 FLORELA. Yo á dejarte, pues que tu traición me esfuerza.
 CONDE. Mi verdad hará que fuerza tu intento.
 FLORELA. No puede ser.
 CONDE. Basta, que vengo á tener aquesta mujer por fuerza. (Vanse.)

ESCENA III

Salen el Rey y el Marqués.

- REY. Alberto ha dado en decir que el Conde tiene á su hermana.
 MARQ. Yo tengo por cosa llana que lo debe de fingir.
 REY. ¿Cómo fingirlo pudiera no le moviendo interés?
 MARQ. O es engaño, pues ya ves que al Conde nada le altera.
 REY. Buenas ausencias son leyes dignas en hombres de honor.
 MARQ. Así las tienen, señor, los que están junto á los reyes; porque como siempre ven lo que hay con ojos ajenos,

hacer malos ó hacer buenos
consiste en quien hable bien.
Pero cierto, gran señor,
que no es por mí natural,
más porque sé que es leal
el Conde y digno de amor.

ESCENA IV

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Una mujer está aquí,
que quiere hablar á tu alteza.
REY. Entre. (Ap.) Notable tristeza
por el Conde vive en mí.

ESCENA V

DICHOS, y sale FINEA, de mujer, con manto, cubierta
el rostro, é hincase de rodillas delante el Rey.

FINEA.

Como en lugar de Dios están los reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano,
y el dispensar ó ejecutar las leyes
está en su voluntad como en su mano,
sin exceptar desde el que humildes bueyes
pone al arado, bárbaro villano,
hasta el mayor señor (que la justicia
ni la tuerce el amor ni la codicia);
no es justo que se tenga á desconcierto
venir, señor, pues la razón responde,
á tus pies generosos, como puerto
que al mar de mis desdichas corresponde.
Finea soy, la hermana soy de Alberto,
á quien de Hungría, con engaño, el Conde
Federico sacó, dando primero
palabra como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fué causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida,
para encubrir con todos este engaño.
Niégame la palabra prometida,
de que tengo tan cierto desengaño,
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico á vuestra alteza no permita,
ya que yo fui mujer, cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita:
(así nos fabricó naturaleza)
que no se case, pues mi honor me quita
y el de mi casa, de mayor nobleza;
que si saben tan grande tiranía
se ha de poner en arma toda Hungría.

REY.

¿Qué os parece de aquesto, Ludovico?
¿Es verdad ó mentira? ¡Vive el cielo,
que ha de morir el conde Federico!

MARQUÉS.

A tu piedad de tu justicia apelo.

REY.

¿Pues no es justo el rigor que significo
contra su deslealtad é injusto celo?
¿No basta la traición? ¿A un Rey se niega
la verdad que pregunta, pide y ruega?

¿Esto se sufre en ley de cortesía,
cuanto más de respeto y de obediencia?

MARQUÉS.

¿A quién no le pusiera cobardía
tu enojo, de quien ya tiene experiencia?
Demás que esta mujer finge y podía
ser hermana de Alberto.

REY.

En mi presencia
está Alberto también.

FINEA.

¡Cielos! hoy muero:
mi atrevimiento me mató; ¿qué espero?

ESCENA VI

DICHOS y ALBERTO.

ALBERTO. (Al Rey.) No puedo dejar, señor,
de proseguir en cansarte;
porque no tengo otra parte
donde pueda hallar favor.
El Conde quiere matarme,
todos me infaman por él.

(Hablan al oído el Rey y el Marqués.)

MARQ. ¿Decirlo quieres?

REY. Y dél
quiero, Marqués, informarme.
Descubre el rostro, Finea.

(Descúbrense Finea.)

¿Es ésta, Alberto, tu hermana?

(Saca una daga para ella.)

ALBERTO. ¡Oh, infame, vil y villana!
Con esta daga...

FINEA. ¡Ay, de mí!

MARQ. (A Finea) Huye presto.

FINEA. Eso deseo.
(Vase huyendo Finea.)

ESCENA VII

El REY, el MARQUÉS y ALBERTO.

REY. ¿Hirióla?

MARQ. No, señor.

ALBERTO. Creo

que es ilusión lo que vi.
¿Pues Alberto en mi presencia...?
Préndanle luego.

ALBERTO. Señor,
movióme el justo dolor;
no pude hacer resistencia.
Confieso el atrevimiento;
pero yo estoy tan perdido,
que aun pienso que no he tenido
señal de arrepentimiento.
De honor mis afectos son;
perdona mi desatino.

REY. Su rey ha sido el padrino
por quien merece perdón.
Corre por cuenta de ser
esposo ya de Lisarda
su hijo.

ESCENA VIII

DICHOS. El CONDE y CLARÍN.

CLARÍN. No entres, aguarda.
CONDE. Antes lo quiero saber.
¿De qué, Marqués, procedió
este alboroto?

MARQ. (Ap. al Conde.) Teneos,
que está el Rey muy enojado
con vos.

CONDE. ¿Conmigo?

MARQ. Y no siento
disculpa á vuestra malicia.

CONDE. Pues ¿vos os mudáis tan presto?
¿es porque Alberto está aquí?—
Señor, ¿qué os ha dicho Alberto
que me volvéis vuestro rostro?

REY. Los leales caballeros
nunca engañan á los reyes,
porque el bien ó mal que han hecho
no se les debe negar.

CONDE. Señor, si culpa no tengo,
¿será bien que la confiese?
¿Marques?

REY. Señor.

REY. Esto es bueno.

MARQ. Conde, aquí estuvo Finea;
el Rey la vió, y Alberto
dice que es su propia hermana.
Quejase de ti diciendo
que la trujiste de Hungría,
y que tratas casamiento
con otra dama.

CONDE. ¿Qué dices?

MARQ. ¿Qué digo?

CONDE. Sí.

MARQ. Lo que veo.
CONDE. Señor, ¿tú has visto á Finea?
Yo la he visto, y te confieso,
Conde, que fié que en ti
y en tu buen entendimiento
no cupiese tal maldad.

CONDE. ¡Si la he visto, plegue al cielo...!
REY. ¿Todavía? ¡Extraño caso!

CONDE. O está loco, ó es tan necio
que á todos nos vuelve locos.

REY. Señor, digo que lo creo,
pues vuestra alteza lo dice,
y que es verdad que la tengo.

CONDE. Yo la debo de tener,
aunque ¡vive Dios eterno!
que no sé cómo ni dónde,
porque yo jamás la veo.

REY. Ya no la debes de ver,
como tratas casamiento
con esa dama á quien sirves;
que abortecerla te ha hecho,
el tratarla de esta suerte
porque no te obligue Alberto
á que con ella te cases.

ALBERTO. Federico, si tenemos
ojos, si razón, si ley,
si trato humano, ¿qué es esto?
¿Cómo niegas á los ojos
lo que con los ojos vemos?
¿Por qué á la razón la pena?
¿Por qué á la ley el derecho?

¿Por qué al trato humano el ser
con que se vive en concierto?
Tienes á mi hermana aquí,
y en deshonor y en desprecio
suyo y mío, y aun del Rey,
que á los dos nos está oyendo,
¿niegas que jamás la viste?
CONDE. Alberto, yo estuve ciego,
yo sin sentidos, pues todos
ven aquello que no veo.
Ello es sin duda verdad;
pero enséñame, te ruego,
esa señora, y si dice,
no digo yo que la tengo,
sino solo que la he visto,
yo digo que desde luego
soy su marido.

ALBERTO. Pues yo

voy á buscarla. (Vase.)

CONDE. Y yo espero.

REY. Tú has hecho como quien eres.

CONDE. Yo, Rey poderoso, he hecho

lo que quiere mi fortuna,

la razón no, porque puedo

jurar que jamás la vi.

REY. ¿Otra vez?

MARQ. Tan grande exceso,

señor, parece locura.

REY. Que es tema en que ha dado creo;

y no es justo, Ludovico,

que pierda tal caballero
vida y honor si es culpado,
y si no es culpado, el seso.

(Vanse y queda solo el Conde.)

ESCENA IX

El CONDE.

¿Hay semejante desdicha?

¿Si la vi... si no me acuerdo?

Pero ¿cómo puede ser

que la viese, y que tan presto

no me acuerde haberla visto?

Que estos se han juntado pienso

para hacerme alguna burla.

ESCENA X

El CONDE y sale CLARÍN.

CLARÍN. Afuera estuve, creyendo
que salieras para ver
el fin de aqueste suceso,
y oigo decir que está el Rey
tan enojado que entiendo
que te ha de costar la vida.

CONDE. Ya ni aun la vida deseo.
CLARÍN. ¿Cómo trujiste esta dama,
señor, con tan gran secreto,
que no la viese Clarín
por todo el camino? Y tengo
justa razón de quejarme,
pues siendo fiel me has puesto
con dos vueltas á la llave
silencio á tus pensamientos.
Enséñamela siquiera,
sepa yo si la merezco